

Cuento

Lourdes C. Pacheco Ladrón de Guevara
Universidad Autónoma de Nayarit

Margarita

Corríamos detrás de ella porque jugueteaba todo el día. Apenas, a la hora de la comida, medio se ponía en paz. Se recostaba sobre su cuerpo y poco a poco dormía la siesta. Yo la contemplaba en toda su plenitud porque Margarita, la cerda, era para contemplar.

Desde que nació supimos que era cerda. Su cara de pleistoceno se plantó entre nosotros porque sí, sin hacer alusión a ningún gen extraño, sin que ninguno de los dos tuviera ni pidiera explicaciones de lo ocurrido, simplemente así ocurrió. La trajimos a casa el ocho de octubre.

Cuando estuvo chica nos divertimos mucho. La bañaba con esmero dentro de la tina. El agua era tibia con olor a rosas. Al terminar, le daba avena. Ella contestaba con gruñidos. O más bien, con gruñiditos. Después, cuando creció, aprendí su lenguaje a cabalidad. Era delicioso pasar mi mano por su cuerpo, su piel rosa se extendía por todo el mundo dando una sensación de estar en algún lugar no tocado, no pisado por nadie, un lugar no respirado. Seguí haciéndolo hasta que a mis manos les dio trabajo zafarse de ese reino de paz. Ninguna sensación posterior se equipara a la delicia de pasar mi piel por sobre el cuerpo expandido de Margarita. Nunca supe qué le pasaba a ella en esos baños. Seguía en su papel de cerda. Desde esos ojos me miraba, a mí, desamparada. Ella estaba completa, plena, sin nada de más allá ni de más acá. Clara en su redondez.

¿Cuándo dejé de bañarla? Recuerdo que toqué sus tetas un poco crecidas y ahí tuve, yo misma, conciencia de que no debía bañarla más.

Salíamos con ella al parque y todos nos miraban: “mira, ahí van con su cerda”. No sé por qué les causaba tanta admiración que paseáramos con ella. A mi marido nunca le importó porque, total, teníamos a Margarita y ya. Que la gente se extrañara, era un problema de la gente, no de nosotros.

Mi marido casi no la llamaba por su nombre. Le decía “mi cerdita”, “mi oing, oing”. Margarita movía sus manos y se colgaba de los brazos de mi esposo, jugueteando con las nubes del amanecer. En las tardes lluviosas nos quedábamos dormidas viendo caer las gotas sobre los rosales del jardín. Los pequeños ojos de Margarita se abrían y cerraban a intervalos, marcando el ritmo de los ronquidos. Qué felicidad entonces, el tiempo contenido en la respiración acompasada.

Fuimos felices con Margarita, pero eso terminó. Los vecinos empezaron a hablar mal de nosotros, a quejarse entre ellos. Mi esposo empezó a ser visto con sospecha en su trabajo, incluso perdió un empleo porque le preguntaron por los miembros de su familia y entonces habló de Margarita, la cerda. Quisieron que fuéramos a un psicólogo, pero nosotros nunca entendimos por qué. Total, Margarita era nuestra. La cuidábamos dentro de casa, había aprendido a comer con nosotros y a convivir. Hacíamos largas caminatas e imaginábamos el futuro como la prolongación de ese presente. ¿No es eso la vida? Imaginar que mañana será como hoy pero mejor. Si a los demás les parecía mal, nosotros nunca supimos qué mal les podía ocasionar. Margarita ¿no tenía derecho a comer como cerda, dormir como cerda, comportarse como cerda?

Quise hablar de derechos, de tolerancia, de lo que ahora están llenos los promocionales del gobierno, pero no alcanzaron para Margarita. Puedo decir que ellos se la comieron. No la aceptaban como cerda y para estar convencidos de su diferencia, se la comieron. La devoraron, prácticamente.

Hoy viven creyéndose felices encerrados en sus hogares. Pasan la vida frente a la televisión, viendo su mismidad. Viven la vida igual que sus padres, que sus abuelos, felices y satisfechos porque destruyeron a Margarita. Cuando se asoman a las ventanas veo en sus rostros la cara que no ven sus espejos.